

Una bala perdida

Daniela Salamanca Bedoya

Recuerdo ese día a la perfección. Todo sucedió el miércoles 20 de Octubre de 2010. Yo estaba en décimo grado y era un día de estudio.

Estábamos en la última hora de clase y mis compañeros estaban “recochando” mucho, por lo que el profesor comenzó tarde.

Yo tenía deseos de ir al baño pero por más que pedí permiso para ir, ¡no me dejaron! Claro que ya casi nos íbamos; salíamos a las 12:30 pm y ya eran las 12:00. Pero yo estaba muy molesta y desesperada porque en serio, necesitaba un baño. En medio de mi estrés, se escuchó un ruido estrepitoso, como disparos de metralleta y pólvora... El silencio invadió el salón y nos inundó el miedo. No podíamos estar seguros de qué era lo que estábamos pensando aunque todos nos mirábamos la cara y no faltó el bromista que gritó: “disparooooosss!”.

Luego recordamos que algunos egresados, descontentos con una profesora de lengua castellana, suelen prender fuego a un explosivo denominado “culebra” – que también se puede confundir con un tiroteo—. Y pensando en esto, el miedo se disipó. Minutos después pedí nuevamente al profesor que me dejara salir al baño, y esta vez sí me dejó. Cuando estaba de camino, me encontré a un amigo de otro salón quien me dijo:

– “¿Escuchaste los tiros? Le dieron a Henry Cubillos, el padrastro de Ana”

– “¿Cómo así? –respondí inmediatamente– ¿Y sí fueron disparos? Y

¿dónde? –Ana era una compañera que se había retirado del colegio porque había perdido el año–.

– “Sí, creo que unos sicarios, afuera del colegio, por la Calle Quinta”
–me contestó–.

Quedé impresionada pues aunque yo no conocía al señor, Ana había sido una muy buena amiga, la apreciaba mucho y me daba mucho pesar porque recuerdo que ella se refería a él como su papá.

Estaba a algunos pasos de la portería y podía ver a las secretarias y directivos asomarse por una ventana ya que habían cerrado las puertas del colegio, cosa que nunca hacían.

Quería acercarme al portero a preguntarle si lo que me había dicho mi amigo era verdad y corroborar su historia, pero en eso, dos niñas de noveno, pararon y me dijeron:

– “Tu prima está llorando, como que le pegaron un tiro a su papá cuando estaba recogiendo a tu primito...”

– “¿Queeee? –esbocé inmediatamente– ¿Cómo así? ¿Le dispararon a él? ¿Dónde está ella?” La verdad fue lo único que pude articular después de la sorpresa... Entonces él también había sido lastimado en el tiroteo... ¡No puede ser!

Ellas solo se limitaron a señalar donde estaba mi prima, Carolina, quien se encontraba en una esquina del patio, tirada en el piso llorando sobre las piernas de la misma profesora de lengua a la cual le jugaban la broma de la culebra. La estaba consolando.

Corrí lo más rápido que pude hasta ella, que solo era un mar de lágrimas y podía escucharla decir:

– “¿¡Por qué mi papá!? ¿¡Por qué!?.– Sólo verla de esa manera me produjo muchas ganas de llorar, y fue entonces cuando vi a mi primito chiquito, Juan Martín, de cuatro años, de la mano de su profesora.

Estaba llorando y en su camisa blanca tenía una mancha de sangre...

¿¡Qué había pasado, por Dios!? ¿Por qué mi primito tenía sangre en su camisa?

Entonces me acerqué a él y le pregunté qué había pasado, él solo empezó a llorar, entonces me alejé y me di cuenta:

¡Martín estaba muerto!, pero yo simplemente ¡no quería creerlo!, me sentía débil y quería llorar, pero no podía, porque quería negar el hecho de que lo que me habían dicho era real... ¡A lo mejor solo lo habían herido! ¡A lo mejor ni siquiera había sido él!, no sé. ¡Cualquier cosa!

Entonces fui donde el portero a que me contara lo sucedido y a rogar porque todo fuera un sueño... una terrible pesadilla...

– “Mataron a tu tío” –me dijo, aunque en realidad no era mi tío, solo era el esposo de una prima de mi mamá, era un excelente padre de tres hijos (Carolina, Juan Camilo y Juan Martín), era la mejor persona que había conocido en mi vida, ¡solo era Martín, por Dios!... pero teníamos el mismo apellido y yo llamaba a sus hijos primos, por eso la gente se confundía y decía que era mi tío.– “Pasaron unos tipos en una moto y en un carro y le dieron a Henry Cubillos, a tu tío y a Dulfay. Pasaron disparando toda la calle, tuve que cerrar las puertas, porque si no...”

–¿Dulfay? ¿Otra persona más?–.

– “Él hacía un minuto estaba en la oficina hablando conmigo”
–intervino Jacqueline, la secretaria de la Dirección. Se notaba nerviosa y arrepentida– “Habló conmigo y después salió con Juan Martín”.

Los niños pequeños salían antes que los grandes, y por eso Martín estaba allí, recogiendo a su hijo pequeño. Después me enteraría de que los sicarios iban por Dulfay, quien también iba a recoger a su nieta pequeña al colegio. Los dos estaban fuera y se saludaron, Henry estaba a unos metros de ellos y fue cuando pasaron los desgraciados sicarios disparando... Martín sólo había sido una bala perdida...

Pero... ¿y Juan Camilo?, su otro hijo, ¿Ya se habría enterado?

Juan Camilo estaba en el grado de mi hermano, octavo dos, y tenía que encontrarlo... pero debía estar segura de que sí fuera Martín...

– “Déjeme salir, yo miro si sí es él” –pude decir antes de que los estudiantes se empezaran a apiñar en la puerta. Al parecer, la noticia del tiroteo ya había llegado a los oídos de los profesores, quienes habían dejado salir a los estudiantes de las aulas antes, sin embargo, todavía no abrían las puertas del colegio–.

– “Yo ya lo vi, sí es él” –dijo Jimmy, el director de grupo del salón de Juan Camilo y de mi hermano–.

– “Jimmy, por favor!” –Dije por última vez, pero no me dejaron–.

Fue entonces cuando salí corriendo de nuevo donde estaba Carolina. La encontré en la misma posición de antes, con la diferencia de que la gente se había aglomerado alrededor de ella y ahora la veía llorar, lo cual me llenó de mucha, pero ¡mucha ira!, ¿Cómo era posible que ella estuviera sintiendo un dolor incomparable por la pérdida de su padre y los demás simplemente podían hacerse alrededor de ella para verla llorar? ¿Qué clase de personas son esas?

Y recordé nuevamente a Juan Camilo, ¿Dónde estaba? ¿Ya se habría enterado?... No sabía nada excepto que debía encontrarlo, a él y a mi hermano, pues empecé a pensar, es Martín, pero pudo haber sido mi papá, mi hermano, mi mamá, cualquiera de nosotros. Y necesitaba sentirlo cerca, entonces empecé a caminar buscando sus caras entre la multitud de gente que miraba la mía... ya el chisme se había esparcido por todo el colegio, y algunos me miraban y me hablaban, pero yo no les respondía, solo me limitaba a buscar a Juan Camilo o a mi hermano, me sentía de lo peor, perdida y desesperada en un mar de personas que te miran y puedes sentir su pesar, pero eso a mí no me importaba, solo me importaba encontrar a mi hermano y a mi primo.

Después de tanto buscar y ver tantas caras que parecieron mil, al fin vi a mi primo saliendo del último salón del segundo piso junto a mi hermano, estaban sonriendo, por lo que supe que desconocían la noticia hasta el momento, y los llamé con la serenidad más fingida y superpuesta que pude aparentar.

– “¿Escucharon los tiros?” –les pregunté–

– “¿Cuáles tiros?” –me respondieron los dos– “No escuchamos nada”.

– “Al frente del colegio hubo un tiroteo” –¡No sabía cómo decirle! ¿Me correspondía a mí decirle que su papá estaba muerto? ¿Acaso era yo quien debía dar esa clase de noticias? Me sentía como diciéndole a mi hermano que nuestro papá había muerto... No es una noticia que se dé todos los días... No es una noticia que se quiera escuchar... No es una noticia que se quiera decir...– “Juan Ca, como que le dieron un tiro a tu papá” –traté de decirle lo más calmada que pude para que no entrara en shock y para no decirle tan cruelmente que se había quedado sin papá... Que él y sus hermanos eran huérfanos de padre... Que habían perdido una parte de su vida...–.

Él comprendió al instante a qué me refería, y salió corriendo lo más rápido que pudo con el grito más desgarrador que he escuchado en mi vida y aunque intenté seguirlo... No lo pude alcanzar...